

Edita

Arzobispado de Santiago de Compostela

www.archicompostela.es

Diseño e ilustraciones

Natanael Maudó

www.natanaelmaudo.com

email@natanaelmaudo.com

Portada

Natanael Maudó

Erat París

Fotografías de portada cedidas por la

Fundación Barrié

DL C 837-2020

LA ESPERANZA DE PEREGRINAR

A SANTIAGO DE COMPOSTELA

CARTA PASTORAL DEL
ARZOBISPO DE SANTIAGO

AÑO SANTO COMPOSTELANO 2021

Queridos peregrinos:

1. Al convocaros a participar en el Año Santo de 2021 lo hacía en una situación muy diferente a la actual, tras el Covid-19. Soy consciente que al ofrecer esta reflexión, una parte considerable de la población mundial se encuentra afectada, de un modo u otro, por la pandemia provocada por el coronavirus, que se ha convertido en una palabra indeseada, invitada cotidiana en todas las casas.

2. Muchos de los que vendréis hasta Santiago tal vez habréis perdido a personas muy queridas. Caminareis con lágrimas en los ojos, pero vuestros pasos no vacilarán porque están firmes en quien os asegura *“Yo soy la Vida”* (Jn 14, 7). El Apóstol Santiago, testigo de la humanidad doliente y resucitada de Jesús os está esperando en este Año Santo para abrazar vuestro dolor y para dejarse abrazar por vosotros.

3. Estoy convencido de que, por este motivo, la convocatoria de fe tendrá resonancias muy vivas de esperanza en una peregrinación que lleva el sello de internacional.





1. UNA TIERRA QUE SUFRE

1.1. “¡Cómo cantar un cántico del Señor!” cuando “las lágrimas son mi pan noche y día”

Ps 137, 4 y 42, 3

4. La etimología latina de «jubileo» añade al significado original bíblico de «yobel», cuerno del cordero utilizado como instrumento sonoro con el cual se anunciaba un año excepcional dedicado a Dios, los matices de alegría, gozo o alabanza. Pero, ¿cómo anunciar de nuevo un año jubilar en este paisaje desolador que está dejando la pandemia que trastocó trágica e inesperadamente las vidas de tantas personas? En apenas semanas, muchos



de sus proyectos quedaron reducidos a la nada, como si, al despertarse de un mal sueño, la realidad fuese una pesadilla que les arrebató sus puestos de trabajo, alteró su día a día, y lo que es peor aún, acabó en algunas familias con la vida de los más próximos.

5. Esta pandemia nos ha hecho más conscientes de nuestra vulnerabilidad y la fragilidad de nuestras vidas. Quizá podríamos adoptar actitudes heroicas ante enemigos que pudiéramos identificar, mas ¿cómo comportarnos ante algo invisible al ojo humano, indetectable en el contacto ordinario?

6. No es necesario ahondar en los sufrimientos derivados de esta situación, y que para muchos de vosotros, peregrinos, se han convertido en parte de vuestro equipaje para el camino: la mortalidad que se ha disparado, sobre todo, aunque no exclusivamente, entre las personas mayores; el cansancio hasta la extenuación por parte de las personas que trabajan en el mundo sanitario; el distanciamiento social de quienes, en el mejor de los casos, sólo pueden ver a sus seres queridos a través de conversaciones online, y que ha llegado hasta la privación del último adiós, dolorosa para quien se ha ido y para quien no ha podido ser despedido; el miedo de aquellos que desearían salir de casa pero no quieren, por no contagiar o no ser contagiados, y el miedo de los que querrían quedarse en casa pero no pueden, porque la sostenibilidad de la sociedad humana depende de ellos y de su trabajo; la crisis económica y laboral de la cual sólo estamos empezando a ver algunos de sus efectos, pero que sin duda acarreará nuevos y graves sufrimientos, sobre todo en las capas más sensibles de la población.



7. Para los cristianos se ha añadido una carencia más, tanto más dolorosa cuanto que ha coincidido también con el periodo litúrgico tan especial de Cuaresma y Pascua. Los templos han estado vacíos y, en muchos casos, cerrados. La comunidad cristiana ya no se ha congregado para celebrar su fe. Difícilmente podemos recordar los obispos una decisión más triste, tanto en nuestra historia individual como colectiva, que la de suspender el culto público de la Iglesia con la presencia de una comunidad de fieles del pueblo de Dios. Una decisión, desde luego, no guiada por el miedo, sino únicamente por la caridad; no por el temor de ser contagiados, sino por el apremio de no convertirnos en transmisores de la infección.

8. Los fieles cristianos han estado privados del cuerpo sacramental de Cristo, pero también los pastores, aun cuando han seguido celebrando en la intimidad de sus iglesias, capillas u hogares, han estado privados de la presencia física del cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Bien es verdad que la Iglesia está mística y espiritualmente presente incluso cuando un sacerdote celebra privadamente la eucaristía, pero, sin duda, para encontrar su expresión plena y manifiesta el pueblo de Dios es un elemento esencial, incluso en ausencia, de la sacramentalidad de la Iglesia en su naturaleza y en sus actos. La Iglesia como un río ha seguido discurriendo y reflejando nuestras caras de asombro en sus aguas mientras seguía su curso. Es la Iglesia humilde y cercana a la condición humana y espiritual del hombre, y portadora de salvación y de esperanza.



1.2. “Estad, pues, despiertos en todo tiempo”

Lc 21, 36

9. Con todo, el cierre de los templos no ha supuesto, ni mucho menos, el cierre de la Iglesia. Los párrocos no han desertado de su grey, y han seguido disponibles para atender a cuantos precisen de ayuda, material o espiritual; han acompañado en su despedida hacia la casa del Padre a moribundos y difuntos; como hacen con particular denuedo los capellanes de hospitales y centros de salud. Algunos de ellos se han hecho presentes a través de los medios informáticos, bien sea para retransmitir por *streaming* la eucaristía y otras celebraciones, bien para apoyar con reflexiones y comentarios la esperanza de sus fieles. Y no hay que ver en ello, como algunos podrían sospechar, signos de vanidad de quien, privado de un pueblo al que guiar, necesita hacerse presente mediáticamente; sino, por el contrario, la señal de una premura pastoral de no perder el contacto con aquella comunidad concreta con la que se forma familia en el curso ordinario del año. La Iglesia es, a la vez, universal y local; por eso tiene sentido, incluso teológico, que los fieles cristianos sigan las celebraciones retransmitidas desde su propia comunidad local, sea ésta diocesana o parroquial.

10. Por otra parte, muchos laicos han reforzado, paradójicamente, su conciencia de pertenencia a la Iglesia. Una pertenencia que no brota de la



dependencia respecto a los pastores, sino que viene dada por el sacramento que nos hace iguales a todos los miembros del Cuerpo de Cristo. Han ejercido su sacerdocio bautismal orando en las casas. Y, aunque obviamente no en su sentido sacramental, también han podido realizar un sacrificio de acción de gracias (que es lo que significa “eucaristía”) en la bendición del pan al comienzo de sus comidas.

11. Parte eximia de esta Iglesia que no deserta de su misión, que no huye ante el lobo del temor al contagio, la constituye el numeroso voluntariado que, a través de *Caritas* o de otras asociaciones, o a título personal, no ha faltado ni un solo día al compromiso de que esta situación, ya de por sí mala, no se cebe de forma irremediable con los más débiles de la sociedad.

1.3. “Mientras todo el día me repiten: ¿Dónde está tu Dios?”

Ps 42, 3

12. Desbordados por algo de apariencia tan insignificante como un virus, no es nada extraño que intentemos buscar un sentido a todo esto. Al fin y al cabo, una amenaza tan global a la humanidad no puede ser el resultado de una mera mutación natural. O tal vez sea un mensaje que nos envía la naturaleza para que volvamos a estilos de vida más sencillos, menos industrializados. O, quién sabe, si es la manifestación



física de los males sociales de la globalización. Cualquier cosa con tal de no reconocer que la misma naturaleza que posibilita que nosotros existamos como especie es la que permite que un organismo patógeno se adapte al hábitat humano y utilice nuestros cuerpos para multiplicarse y transmitirse de unos a otros.

13. También han surgido intentos de explicar esta situación insólita desde una perspectiva teológica. No es nada nuevo. Los discípulos de Jesús, ante el ciego de nacimiento, preguntan: *“Maestro ¿quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego?”* (Jn 9, 2). Se diría que, gustándonos tener el control sobre todo, nos sentimos impotentes y perdidos ante las desgracias que nos sobrevienen de forma natural. Necesitamos poner rostro al sufrimiento. No en el sentido de comportarnos humanitariamente con quien padece, sino en cuanto nos sentimos como más seguros y menos amenazados si podemos descubrir una intención en aquello que causa nuestros males.

14. ¿No será un mensaje de Dios? En estas semanas han circulado por las redes sociales pensamientos de todo tipo, con interpretaciones teológicas de lo más variopinto, pero que tienen en común un contenido religioso... o ateo. Quizá Dios le está dando la espalda a un mundo que previamente lo había olvidado o había renegado de él. O está castigando, como en tiempos de Noé, a una humanidad pecadora. O tal vez Dios pone a prueba la fe de sus hijos. O, simplemente, está demostrando que no le importamos porque,



probablemente como algunos consideran, ni siquiera existe. Lo curioso es que estos tipos de respuesta se han dado desde tiempos bíblicos, de tal forma que un mismo acontecimiento, como puede ser la derrota en una batalla o una peste, puede significar que Dios nos ha castigado, nos ha abandonado o nos está poniendo a prueba.

1.4. “No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí”

Jn 14, 1 y 27

15. *“Se le acercaron los fariseos y saduceos y, para ponerlo a prueba, le pidieron que les mostrase un signo del cielo. Les contestó: Al atardecer decís: Va a hacer buen tiempo, porque el cielo está rojo. Y a la mañana: Hoy lloverá, porque el cielo está rojo oscuro. ¿Sabéis distinguir el aspecto del cielo y no sois capaces de distinguir los signos de los tiempos?”* (Mt 16, 1-3).

16. Ante todo, es necesario poner sensatez en nuestros discursos y no dejarnos cegar por la inmediatez de una situación que no es, ni mucho menos, ni la primera ni será la última vez que sucede. Epidemias, incluso de amplia extensión territorial, se han dado desde los tiempos más remotos hasta los más recientes. Por no remontarnos a las pestes que en la Edad Media y en la Moderna llegaron a llevarse



por delante en algunos lugares a más de la mitad de la población, basta recordar que hace cosa de un siglo la gripe llamada “española” azotó sin piedad a gran parte de la población mundial.

17. Otro aspecto que debería hacernos reflexionar acerca de nuestras reacciones es que tales epidemias o catástrofes semejantes parecen cuestionar nuestras convicciones sólo cuando las vivimos de cerca, mientras que nos dejan intelectualmente tranquilos cuando suceden a miles de kilómetros de nuestras sociedades modernas. Como si la fragilidad y la precariedad de la existencia fuesen circunstancias que damos por descontadas en los países “pobres”, pero retan a nuestras creencias cuando nos afectan a los países “ricos”.

18. Sin duda, es difícil razonar cuando nuestra vida está amenazada en su existencia, pero también en su modo de existir. Podría parecer que estamos discutiendo sobre la composición del agua mientras nos ahogamos en el océano. Pero hemos de tener cuidado en que la pandemia no se lleve consigo, junto con tantas vidas y la confianza en las relaciones humanas, también nuestra capacidad de pensar racionalmente. Y este pensar racional también hemos de salvarlo como personas creyentes, evitando histerias teológicas que, en última instancia, nos muestran un rostro deformado de Dios.

19. Sin poder adentrarnos en el complejo problema del mal y la posibilidad de compatibilizar el sufrimiento con la fe en un Dios bueno, sabio y



poderoso, hemos de partir de dos premisas, una filosófica y otra religiosa. La primera es que las mismas leyes naturales que permiten nuestra existencia como humanos son las que permiten que los seres humanos estemos sometidos a las amenazas de nuestro entorno, incluyendo la enfermedad. Sin la química que hace posible la existencia de virus contagiosos y potencialmente letales, tampoco existiría la vida humana. La segunda es que Dios no es el gran prestidigitador que mueve los hilos de la historia. Aun cuando la mirada creyente es capaz de descubrir en los acontecimientos un mensaje divino, no podemos pensar que Dios es el que provoca las guerras, las inundaciones o las hambrunas. Y tampoco las epidemias, claro está.





2. EN CAMINO AL AÑO SANTO

2.1. Continuando la preparación del Año Santo

20. Estas cosas, y otras más, no podían pasar por nuestra mente en el mes de diciembre pasado, cuando apenas se tenían noticias de una nueva infección en una región de China desconocida para muchos. En ese mes veía la luz mi carta pastoral “Sal de tu tierra. El Apóstol Santiago te espera” para preparar el Año Santo Compostelano de 2021, dirigida a una sociedad que ya no parece ser la nuestra.

21. Los caminos, hasta hace no muchas semanas cuajados de peregrinos, ahora están desiertos. Los



albergues ya no acogen a caminantes que buscan su encuentro con la fe del Apóstol Santiago, sino que no pocos de ellos han sido reconvertidos en alojamiento temporal de personas sin techo o de trabajadores sanitarios desplazados. Nuestras casas, cálido refugio que nos acogía al regresar del trabajo, hoy se nos antojan prisiones ajenas que nos hacen sentir extranjeros en nuestro propio hogar. Ahora vivimos rodeados de la incertidumbre que nos hace desconfiar de todo y de todos, y nos dificulta confiar también en el futuro.

22. Es verdad que con todo el sufrimiento que nos rodea y que evocábamos al principio puede verse como insignificante el problema de cómo afrontar nuestra celebración, vital y pastoral, del Año Jubilar Compostelano, pero es algo que habremos de tener en cuenta, pues no sabemos en qué tiempos ni en qué modos podremos ir recuperando una vida que probablemente no podrá ser nunca igual a la que teníamos hasta ahora.

23. En estos momentos el futuro está condicionado por la idea de *suspender* y *posponer*: muchos acontecimientos de tipo pastoral, cultural, social, y deportivo, se suspenden y otros se trasladan a nuevas fechas. El Jubileo Compostelano, que recoge la más profunda tradición bíblica y cristiana de los Años de Gracia del Señor, más que nunca quiere ser un tiempo para la alegría y la liberación, una oportunidad para comenzar de nuevo, gracias a la misericordia del Señor que, como Dios amoroso y providente, acompaña y cuida de su Pueblo.



Por eso he querido compartir con todos vosotros estas reflexiones; para que, a la luz de los nuevos acontecimientos, pudieran servir de ayuda para continuar preparándonos a este acontecimiento jubilar, que seguramente recoja y sea expresión del deseo profundo de tantos y tantos corazones.

24. Ahora, nuestra preocupación pastoral al convocar el Año Santo Compostelano 2021 debe ser *transformar* con creatividad la nueva realidad que nos va a tocar vivir conforme al espíritu del libro del Apocalipsis. Nos preguntamos ¿qué nos dice el Señor del tiempo y de la historia, el Alfa y el Omega, a quienes peregrinan en esta tribulación?¹. También como al evangelista San Juan se nos responde hoy: *“No temas; yo soy el Primero y el Último, el Viviente; estuve muerto, pero ya ves: vivo por los siglos de los siglos y tengo las llaves de la muerte y del abismo”* (Apoc 1,1 7-18). *“Mira, hago nuevas todas las cosas... Estas palabras son fieles y verdaderas”* (Apoc 21, 5).

25. Con esta confianza a la luz de las Escrituras hemos de interpretar estos acontecimientos de la misma manera que Jesús lo hizo con los discípulos de Emaús. Además, hemos de revitalizar nuestras raíces encontrándonos con la tradición apostólica para reconocer *“que la fe es la capacidad sobrenatural para captar y vivir la realidad del misterio de Cristo en el mundo, la esperanza cristiana es la capacidad sobrenatural del corazón para hacer de Jesús un ideal*

¹ Cf. Capítulos 2 y 3, 21 y 22 del Libro del Apocalipsis.



exacto y seguro, digno de ser vivido con todas las consecuencias, y la caridad es la capacidad gratuita que se nos garantiza en Cristo de poder fundir nuestra vida en Él, y con Él en Dios por amor filial”².

2.2. Ver con los ojos de Dios: “A los que aman a Dios todo les sirve para el bien”

Rom 8,28

26. En primer lugar, la situación presente nos ofrece la oportunidad de extraer lecciones de cuanto sucede, para nuestra forma de entender la realidad, para nuestra relación con las cosas y las personas y para nuestro estilo de vida y acción. Dice San Pablo que *“a los que aman a Dios todo les sirve para el bien; a los cuales ha llamado conforme a su designio”* (Rom 8, 28), pero era consciente de que las cosas no iban bien y no acontecían como él hubiera deseado. Es el amor de Dios el que pone el bien allí donde, a los ojos del mundo, sólo hay mal. Pues desde el amor, que cuando es sincero siempre es divino, incluso cuando el sujeto no sea consciente de ello, el mal se vuelve ocasión de desarrollar el servicio, la acogida, el cuidado, la solidaridad; en una palabra, la caridad, que no pasará nunca (cf. 1Cor 13, 8).

² J. ORDOÑEZ MARQUEZ, *El Evangelio en la vida de la Iglesia, I. Oración y vida litúrgica*, TOLEDO-AVILA 1989, 416.



27. En medio de la oscuridad de la noche la luz de Cristo nos alumbra. ¡Cuántas veces la sed nos lleva a encontrar la fuente aun siendo noche! Y aunque como dice Isaías *“mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos”* (Is 55, 8), no debemos temer *“pues vosotros hasta los cabellos de vuestra cabeza tenéis contados”* (Mt 10, 30). Y en esta situación, hay una cosa que se desea siempre: la ternura humana. No debemos dejar que enferme y se debilite nuestro espíritu y en este sentido considero que la peregrinación hacia Dios, hacia uno mismo y hacia los demás, reflejada también en la peregrinación jacobea, nos ayudará a fortalecer nuestra espiritualidad, viviendo el sentido penitencial y la conversión a Dios, característica propia de esta peregrinación.

2.3. *Fortalecer las raíces: “como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón y no semarchitan sus hojas”*

Ps 1, 3

28. El hombre que confía en el Señor es como un *“un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas”* (Sal 1, 3). La peregrinación a la tumba del apóstol Santiago durante el Año Santo nos ayudará a volver al hecho cristiano fundamental, identificándonos con la persona



y la historia de Jesús, y dando testimonio de que el cristianismo es un modo fascinante de vivir la propia humanidad a la hora de dar sentido a la existencia. La enseñanza de los apóstoles, garantes del testimonio de toda la Iglesia, es vivir en espíritu de comunión que se explicita en la unión interna de los corazones manifestada en la unidad, en un mismo ánimo, en compartir los bienes y en la oración ya sea comunitaria o privada, de súplica, de alabanza, o de acción de gracias, como se refleja en el peregrinar cristiano.

29. El sentir religioso no desaparecerá jamás porque no se puede eliminar del corazón del hombre la promesa sobre la propia vida que siempre bordea el misterio. Nos da confianza en medio de todo saber que estamos llamados a colaborar en la Iglesia, aunque el destino de ésta no depende de nosotros, y que nosotros dependemos de Cristo que nos dice: *"Sin mí no podéis hacer nada"* (Jn 15, 5), como lo manifiesta San Pablo cuando escribe: *"Todo lo puedo en Aquel que me conforta"* (Fil 4, 13). El fruto no está nunca en nuestras manos. En la misión no va incluido el éxito, pero esta certeza no ha de llevarnos ni a la indiferencia, ni a la pasividad ni a ser prisioneros de los propios proyectos. No tenemos excusa para no dar frutos de santidad que glorifiquen a Dios. La realidad siempre es más grande que nuestros esquemas. La vida misma es vocación que debe ser vivida siempre con esperanza cristiana. Es momento de estar con las lámparas encendidas (cf. Mt 25, 1-13) aunque la espera se alargue. Una Iglesia así interpelará proféticamente y nunca defraudará.



2.4. Creer para percibir en la oscuridad del dolor la luz de Cristo Resucitado

30. La fe cristiana no hace promesas de un futuro mejor a expensas de la realidad presente. No es el sueño en el que se refugia quien calcula la carga de la vida. Los creyentes en Cristo “*sufren con los que sufren*” (Cf. 1Cor 12, 26). Toman en serio el dolor del prójimo, les conmueve y les empuja a hacer algo por remediarlo. Esta fe nos urge a que en este Año Santo nos hagamos cargo del impacto lacerante causado por la pandemia a nuestros conciudadanos.

31. La fe no necesita del sufrimiento para revalorizarse. No “cotiza al alza” cuando el ser humano está sufriendo, ni Dios nos aguarda pacientemente detrás de la desgracia para que nosotros, los hombres, terminemos adorándole. Nuestro dolor es el suyo³. Él quiso hacerse uno de nosotros experimentando nuestro mismo dolor y nuestra misma muerte. Ha entregado su vida para que nosotros la tengamos en abundancia.

³ “Dios no puede padecer, pero puede compadecer. El hombre tiene un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder compadecer. Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la Pasión de Jesús. Por eso en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *consolatio*, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza”: BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 39.



32. En medio de la tormenta nuestra fe debe permanecer serena en el Sí de Dios. Ese Sí no nos protege inmunes de la desgracia. La fe no es una especie de salvavidas individual o de reserva para los momentos de dificultad, al contrario, nos hace salir de nuestros cobertizos personales e institucionales para hacer presente ese Sí de Dios en todos los rincones dolientes que ha dejado la pandemia. Permanecer en la fe implica levantarse para seguir las huellas del Crucificado. Él está realmente presente en quienes vieron resquebrajarse el suelo sobre el que se apoyaba su vida.

33. El Evangelio no nos conduce a la resignación, ni tampoco al ingenuo triunfalismo. Nuestra fe nace de la vida de Jesús en Galilea dando su vida por el Reino de Dios, y de su entrega hasta el extremo, con su muerte en cruz en Jerusalén, y su resurrección. A nadie como al cristiano le debe doler tanto el dolor de los demás, pero ese dolor nunca será piedra de tropiezo o escándalo para desistir de su confianza en Dios: su amor se ha dejado crucificar y vive para todos. Por eso, la fe cristiana es, en el fondo, el realismo más humano. Nuestra esperanza es serena: tiene la certeza de que *“nada nos separará del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús”*, ni siquiera esta muerte temporal (Cf. Rom 8, 39).

34. El cristiano sabe que la peor de las muertes no es la que nos puede arrebatar esta vida, que es por naturaleza frágil y temporal, sujeta a limitación y finita, sino la muerte efectiva del corazón que desespera de la misericordia de Dios y es indiferente



a los hermanos: *“Tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto”* (Ap 3, 1). De esa muerte es de la que pedimos en la oración que nos enseñó Jesús, *“líbranos del mal”* (Mt 6, 13).

35. En este Año Santo de gracia y reconciliación se proyecta desde la casa del Apóstol Santiago la luz de la fe; la fe inquebrantable que Dios tiene puesta en esta humanidad concreta que está padeciendo, por la que su Hijo se entregó hasta el límite. Es la prueba de la fidelidad de Dios hasta la muerte por nosotros. Es en estos momentos de oscuridad, cuando mejor se puede percibir el brillar de la única luz verdadera, Jesús Resucitado, el amor crucificado de Dios por nosotros.

2.5. *Amar*: la fe cristiana habla con las manos, porque es “la fe que actúa mediante la caridad”

Gal 5, 6

36. Queridos peregrinos, os animo a contemplar la figura de Cristo mostrando las palmas de sus manos resucitadas sobre el parteluz del Pórtico de la Gloria. En ellas reconoceréis tatuado el Sí definitivo del Padre a su Hijo Jesucristo, y a todos vosotros, sus hijos. Las manos abiertas del resucitado son, como entonces lo fueron para los Apóstoles superados por el miedo, signo de que el amor del Padre es más fuerte que la muerte: *“Mirad mis manos y mis pies, soy yo en*



persona" (Lc 24, 39). Con ellas, Jesucristo os está diciendo: "Paz a vosotros" (Jn 20, 19). Quienquiera que contemple con la fe del Apóstol estas manos podrá reconocer en ellas todo el peso del dolor del mundo y también el realismo de su esperanza. Quien las está ofreciendo ha experimentado en propia carne la muerte que ha teñido de luto nuestras ciudades y pueblos, y es el que nos puede decir: "Estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos" (Ap 1, 18). En su resurrección todos viven de su presente eterno y sus nombres quedan inscritos en el libro de la vida, incluso aunque hayan muerto en la más completa soledad de nuestros hospitales y residencias. Nuestras vidas están tatuadas en Dios: "Yo te llevo grabada como un tatuaje en mis manos" (Is 49, 16). En las llagas gloriosas del Señor están todos los nombres.

37. No podemos tener palabras de celofán para los que se quedaron sin lo más básico y sin el trabajo que alimentaba a sus familias. La fe cristiana habla con las manos, porque es "la fe que actúa mediante la caridad" (Gal 5, 6). En estos tiempos de tribulación, permanezcamos en la fe, que no es la quietud de un fervor individualista, sino el hacernos prójimos de todos los que hoy están clamando en su día a día "anota en tu libro mi vida errante, recoge mis lágrimas en tu odre, oh Dios mío, mis fatigas en tu libro" (Sal 56, 9). Hagamos nuestra su oración para que así, la súplica unánime de los que formamos todo el Cuerpo de Cristo llegue con más fuerza que la que hacen en la soledad de su desconsuelo muchos de sus miembros.



38. Este Año Santo es una ocasión providencial para reconciliarnos con Dios y también con nuestros hermanos si, a la súplica de unos por otros, unimos nuestra solicitud activa hacia los que peor lo están pasando. Por eso, no olvidemos *“al huérfano, protejamos a la viuda”*, para que, cuando presentemos nuestra oración no recibamos como respuesta: *“aunque multipliquéis vuestras plegarias, no os escucharé”* (cf. Is 1, 15-17).

2.6. *Esperar*: Semillas del Reino para una mejor humanidad

39. Los esfuerzos que se vienen realizando para paliar las consecuencias de la pandemia muestran lo mejor del ser humano cuando colabora entre sí al bien común. Todo esto no deja de ser un reflejo del Reino anunciado por Jesús. El trabajo coordinado de equipos científicos desde diferentes centros de investigación augura en el horizonte un remedio esperado para la pandemia.

40. Este hecho, para nosotros cristianos, ¿no es también un signo de esa armonía querida por el Creador a la que está llamado todo el género humano? Ciertamente que esta cooperación no anula la pregunta de si nos hacemos capaces de este esfuerzo únicamente cuando peligra el engranaje de las sociedades más desarrolladas. Nunca como antes somos conscientes de que vivimos en la aldea global, y ello, no solo gracias a las nuevas tecnologías, sino por la punzante conciencia de una “salud global”.



41. No obstante, el escenario provocado por una pandemia que por definición afecta a todos, alimenta la esperanza de una mejor humanidad. Nuestros niños, víctimas también de esta situación, no han dejado de recordárnoslo durante todo este tiempo. Ellos, que son el futuro de nuestras sociedades, miraban expectantes al mundo exterior a través de las ventanas de sus casas con el deseo y la esperanza de poder salir a jugar con sus amigos. Sin duda, *“de los que son como ellos”*, de los que miran el mundo de esta manera, con esperanza, *“es el Reino de los cielos”* (Mt 19, 14).

42. Sin duda, son en estos momentos en los que ha entrado en riesgo la salud de todos en los que ha de regir *el principio de subordinación de la propiedad privada al destino universal de todos los bienes, regla de oro del comportamiento social*⁴, incluyendo como bien básico el mismo conocimiento científico. *“Los científicos, precisamente porque “saben más”, están llamados a “servir más”. Dado que la libertad de que gozan en la investigación les permite el acceso al conocimiento especializado, tienen la responsabilidad de usarlo sabiamente en beneficio de toda la familia humana”*⁵.

43. Este Año Santo llama a la conciencia de todos aquellos que se sienten discípulos de Jesús consagrados a la investigación científica, para que, en

⁴ FRANCISCO, *Laudato si*, 93.

⁵ BENEDICTO XVI: *Discurso a la asamblea plenaria de la Academia Pontificia de las Ciencias*, 6 de noviembre de 2006.



la medida de sus posibilidades, orienten sus esfuerzos hacia el bien común compartiéndolos en base a una verdadera *justicia científica*. “*Los cepos y cadenas que hay que romper*” (Is 58, 6) son también aquellos que están condicionando y limitando su investigación, cuando pretenden convertirla en instrumento al servicio de las corporaciones transnacionales. La vida de millones de personas depende de todo ello.

44. El conocimiento aplicado de las ciencias de la salud, incluyendo las patentes que pueden salvar millones de vidas, no puede convertirse en un producto más al que accedan solo las sociedades más ricas. “*El desarrollo nunca estará plenamente garantizado por fuerzas que en gran medida son automáticas e impersonales, ya provengan de las leyes de mercado o de políticas de carácter internacional. El desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan fuertemente en su conciencia la llamada al bien común*”⁶.

45. Las palabras que Jesús dirigió a sus discípulos después de que la madre de Santiago y su hermano Juan le hubiese pedido los primeros puestos del Reino, adquieren hoy toda su relevancia: “*Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo*” (Mt 20, 25-27).

⁶ *Id.*, *Caritas in veritate*, 71.



2.7. *Construir* la cultura del cuidado común

46. El coronavirus lo ha desarrollado la naturaleza, pero también matan otros “virus” generados por nuestra falta de libertad, cuando ésta se hace esclava de ambiciones e intereses cortoplacistas. Esa misma ambición es la que está detrás de la injusticia social que acaba con la biodiversidad de nuestro planeta y crea el caldo de cultivo para la aparición de nuevos virus y pandemias como la que estamos padeciendo. *“Debido a una explotación inconsiderada de la naturaleza, el ser humano corre el riesgo de destruirla y de ser a su vez víctima de esta degradación”⁷.*

47. La nueva situación generada por la pandemia nos ha exigido autodisciplina y responsabilidad. Estos valores han debido de traducirse en comportamientos muy concretos y cotidianos que, antes, sin embargo, pasaban más inadvertidos. De su observancia dependía también la salud de los demás. Esta nueva experiencia nos reafirma en la necesidad de considerar en cada momento qué modelo de sociedad y cultura se está promoviendo. Cuando la voluntad individual y sus éxitos se exhiben como si fuesen la genuina expresión de la libertad, ¿cómo detener entonces la inercia del individualismo para que el barco vire en medio de la tormenta rumbo hacia el interés común? ¿Qué tierra acogerá la semilla del cuidado y responsabilidad por

⁷ FRANCISCO, *Laudato si*, 4.



los demás, si en ella no se han ido cultivando los valores de la justicia social?

48. No podemos dejar de reconocer en todo esto una responsabilidad personal, pero también institucional y política. La libertad humana no crece espontáneamente como una espora. Se desarrolla y madura al abrigo de la austeridad responsable y también del sacrificio por los demás. Por eso, la situación que vivimos nos trae una advertencia que no podemos dejar de tener en cuenta: tan necesario es contar con sistemas sanitarios debidamente provistos para hacer frente a las pandemias, como sociedades impregnadas de una cultura del cuidado para prevenirlas y poder reaccionar contra ellas. Ambas cosas no se improvisan.

49. Por otro lado, como ya subrayé en mi carta pastoral al convocar el Año Santo, nuestra cultura occidental no puede tirar por la borda como un fardo anticuado su tradición religiosa. Ciertamente que esta tradición no posee ni mucho menos el monopolio de los valores. Sin embargo, los fortalece con un fundamento incondicional, más allá de circunstancias culturales y acuerdos políticos. Nuestras sociedades necesitan, junto a sus propias instituciones, de una savia que vehicule esos valores para nuestros ciudadanos, los legitime con raíces profundas y trascendentes, y los promueva como incondicionales más allá de nuestros frágiles consensos. Para unirnos a los seres humanos necesitamos una axiología que vaya más allá de un mero contrato social que pueda disolverse cuando ya no se vea útil o provechoso. Ciertamente, *“el sábado fue hecho*



para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc 2, 27). Sin embargo, para que el sábado pueda tener una vigencia más allá de las pleamares de la historia y sea liberador para todos sin exclusión, necesitamos a Jesucristo, único Señor del sábado (Cf. Mt 12, 1-8).

50. Pasados unos decenios, cuando el rastro del Covid 19 haya quedado atrás gracias al esfuerzo social, a los avances científicos y al misterio de la oración, ¿qué quedará de la lección que estamos aprendiendo hoy? El cuidado por los demás y el respeto por la biodiversidad de nuestro planeta son la mejor vacuna social para prevenir una pandemia. Cuando saqueamos los recursos de la naturaleza y de sus habitantes en un *carpe diem*, como si no hubiera un mañana, fabricamos nuestra propia bomba de relojería: *“Sería equivocado pensar que los demás seres vivos deban ser considerados como meros objetos sometidos a la arbitraria dominación humana. Cuando se propone una visión de la naturaleza únicamente como objeto de provecho y de interés, esto también tiene serias consecuencias en la sociedad”*⁸.

51. Por eso, más que nunca la Iglesia habrá de ser ese hospital de campaña que ya nos señaló nuestro papa Francisco, para remediar la penuria de quienes más ha golpeado la crisis social, y también para seguir promoviendo una cultura de la responsabilidad abierta a la trascendencia, esto es, una *ecología integral*. Que nuestra fe como la del joven Apóstol

⁸ *Ibid.*, 82.



Santiago se revitalice para avivar nuestra inteligencia y todas nuestras capacidades. Que libere nuestra creatividad para reconstruir nuestras sociedades y nuevas relaciones económicas que no hipotequen el desarrollo que necesitan.

52. Más que nunca la labor activa de todas las *Caritas* será expresión de cuanto estamos celebrando cada domingo en la eucaristía. En ella Jesús se nos da como pan para que luego transformemos nuestra sociedad y nuestra cultura con el aceite del consuelo y con el vino de la esperanza. “La solidaridad no es un simple sentimiento de compasión con los más débiles o con la persona necesitada que está junto a mí”, es “la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos”, en palabras de san Juan Pablo II⁹.

53. Junto al esfuerzo de justicia y la caridad de la Iglesia, está el de todos los que en la sociedad civil están siendo los buenos samaritanos de principios de este siglo XXI: todo el personal de los hospitales y residencias de mayores, y todas aquellas personas que, arriesgando su propia salud, velaron por la de los demás. El Evangelio nos lleva a comprometernos con nuestra sociedad civil, y colaborar con sus estructuras. *“El amor a la sociedad y el compromiso por el bien común son una forma excelente de caridad”*¹⁰.

⁹ JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei sociales*, 38.

¹⁰ FRANCISCO, *Laudato si'*, 231.



54. Quisiera, queridos peregrinos, que, gracias a vuestra peregrinación, os convirtieseis en signo e interrogante para cuantos os observen a lo largo del camino de Santiago o de otras formas de peregrinación. Que puedan vislumbrar que, si salisteis de vuestra tierra, fue para volver más comprometidos a ella. Que el Espíritu Santo, el Espíritu del Resucitado aliente sobre vuestras mentes y corazones para avivar el rescoldo de compasión y humanidad de nuestras sociedades.





3. SANTIAGO TE ESPERA

55. Queridos peregrinos, con Abraham, nuestro padre en la fe, en mi Pastoral de convocatoria del Año Santo Compostelano 2021, os invitaba a dejar vuestra tierra y a poner os en camino a Compostela, porque el Apóstol Santiago os espera. Con estas reflexiones que compartía con vosotros, una vez más querría reiterar mi invitación a poner os en marcha.

56. Oramos y confiamos en que para entonces se hayan reabierto los caminos, los albergues, y los templos. Mas si hubiera que hacerlo con restricciones, no hemos de echar por la borda el Año de gracia que se nos ofrece para revitalizar nuestra espiritualidad y fortalecer nuestra esperanza: *"Haz que desde*



aquí resuene la esperanza”¹¹, le decimos al Apóstol Santiago. La exhortación a salir de nuestra tierra, aunque no pudiera tener una expresión física y externa, sigue vigente en cuanto es la voz de Dios que nos invita a abandonar nuestra zona de confort para abrirnos a su palabra siempre nueva; o a abandonar esta tierra de dolor en la que nos encontramos enterrados y a dejarnos envolver por la esperanza de la gloria de Dios que no defrauda, *“porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”* (Rom 5, 5). Da que pensar la paradoja presente de que hemos de salir de nuestra tierra cuando hemos estado confinados en nuestras casas, pues es ese espacio habitualmente tan familiar lo que ahora se nos vuelve incertidumbre. Pero hemos de confiar: *“ ¡Dios nos ayuda y el apóstol Santiago!”* .

¹¹ DANTE, *Divina Comedia*. Canto XXV Paraíso: *“Después vino una luz hacia nosotros de aquella esfera de la que salió del primer sucesor que dejó Cristo. Y mi Señora, llena de alegría, me dijo: Mira, mira ahí el barón por quien abajo visitan Galicia... Entonces dijo Beatriz riendo: Oh ínclita alma por quien se escribiera la generosidad de esta Basílica, haz que resuene en lo alto la esperanza: puedes, pues tantas veces la has mostrado cuando Jesús os prefirió a los tres”*.



Encomendándoos al patrocinio del apóstol Santiago y de nuestra Madre la Virgen Peregrina, os saludo con afecto y bendigo en el Señor.

+ Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela



ÍNDICE

1. UNA TIERRA QUE SUFRE

- 1.1. "¡Cómo cantar un cántico del Señor!"
cuando "las lágrimas son mi pan noche y día" .. 7
- 1.2. "Estad, pues, despiertos en todo tiempo" .. 10
- 1.3. "Mientras todo el día me
repite: ¿Dónde está tu Dios?" 11
- 1.4. "No se turbe vuestro corazón,
creed en Dios y creed también en mí" 13

2. EN CAMINO AL AÑO SANTO

- 2.1. Continuando la preparación del Año Santo .. 17
- 2.2. *Ver* con los ojos de Dios: "A los que
aman a Dios todo les sirve para el bien" 20
- 2.3. *Fortalecer* las raíces: "como un árbol
plantado al borde de la acequia: da fruto
en su sazón y no se marchitan sus hojas" 21
- 2.4. *Creer* para percibir en la oscuridad
del dolor la luz de Cristo Resucitado 23
- 2.5. *Amar*: la fe cristiana habla con las manos,
porque es "la fe que actúa mediante la caridad" 25
- 2.6. *Esperar*: Semillas del Reino
para una mejor humanidad 27
- 2.7. *Construir* la cultura del cuidado común 30

3. SANTIAGO TE ESPERA

35

